

AUTOPSIA POETICA

N. de la R.:—Iniciamos, con estas páginas, una serie de dos artículos del competente humanista, don Nicolás Ormaechea, sobre un valor centroamericano que brilla en la literatura universal. Es un clásico congeniando con un modernista en la belleza eterna.

I

Había llegado a mi noticia el nombre del P. Angel Martínez Baigorri, S. I., como un valor en poesía pero con el adjetivo de "moderno". Un amigo me lo presentó amablemente, y el P. tuvo la ocurrencia de poner en mis manos dos cuadernos inéditos, esperando quizá mis impresiones sobre su poesía.

Con pereza, con temor, casi con repugnancia entré en la lectura de los dos tomitos inéditos "Angel sin tiempo". Debo declarar que la pereza y la repugnancia son en mí habituales para leer, y suben de punto cuando se trata de leer versos. El temor es más explicable cuando hay que juzgar un libro de ellos. Me viene a la mente aquello de que "el mayor enemigo tuyo es el de tu oficio". No olvido tampoco la sentencia de Cicerón: **neminem cognovi poetam qui non sibi ipsi optimus videretur**. "A ningún poeta he conocido que no se crea el mejor de todos". ¿Cómo, pues, ponerse a juzgar lealmente uno que ha hecho versos a otro que le viene con ellos? Y en el mejor de los casos de una buena amistad ¿cómo comprometer uno su firma con un adocenado, ingeniando frases de "cumpro y miento"?

Pero pereza, y repugnancia se han convertido esta vez, por dicha, en interés, y agrado, a pesar de haberseme afirmado de antemano que el interesado era un poeta moderno, a mí que tengo fama de irreductible clasicista. Seré lo más objetivo posible en mi crítica. Para mí en este momento no hay poetas antiguos ni modernos, sino simplemente poetas. Si a mi parecer son buenos, los alabo y si malos, los condeno.

Tanto me refiero en estas líneas a los que abominan de lo moderno como a los que lo glorifican. Y abundan mucho de los unos y de los otros.

Más de los primeros. Ante unos y otros voy a hacer un examen de conciencia literaria.

Concretándome a la poesía lírica, cuando yo estudié Literatura y Preceptiva, los autores en boga eran Zorrilla, Espronceda, el Duque Rivas, Núñez de Arce. Con esto se da cuenta el lector de que el articulista no nació ayer por la mañana. No llegaron a entusiasmarme, y me quedé con mi Fray Luis de León. Entonces se comenzaron a hacer famosos los modernistas, a quienes nuestros profesores, por tendencia tradicionalista, nos proponían por modelos de insensatez y de rarezas métricas que provocaban a risa. No sé lo que fué de los modernistas.

Ahora se habla de “modernos”. Tampoco los he leído por falta de tiempo y de afición a leer literatura. Fuera de la que me leyeron en clase y me aconsejaron leer en particular (clásicos de la antigüedad y españoles del siglo de oro) no he ampliado mis lecturas. Pero no he podido librarme de tropezar con algún Almanaque, Revista o periódico en que se estampen renglones cortos. A decir verdad he debido de tropezar con lo peor. Supongo que no todos los modernos serán igualmente malos, como ni lo eran los antiguos.

Error sería creer que los modernistas datan desde mi nacimiento. En todo tiempo ha habido poetas sensatos e insensatos. Solo que estos no han flotado. En Cicerón leí en aquellos mis años mozos, que había y hubo poetas que no hacían más que acumular palabras “sin ningún contenido de idea:” **mulla subiecta sententia**. Y conocido es el verso **Sunt verba et voces, praetereaque nihil**. “Palabras y vocablos, y fuera de eso... nada”.

Debo consignar que por literatura no he vuelto a leer sino la Eneida de Virgilio, para poderme aislar en una temporada de balneario. Si he repasado algunos autores clásicos de la antigüedad o españoles antiguos ha sido para establecer mi teoría de la sintaxis general. Y con todo este bagaje de lectura moderna, métase usted a juzgar a un autor moderno. Y ¿por qué no, si se parece a los antiguos buenos? ¿Es que no hay algún retorno a ellos? Oyendo al P. Martínez se puede afirmar que sí, y afirmar sin vacilaciones que lo mejor que tiene es de los buenos antiguos. Con un poquitín, quizá, de lo malo de los modernos.

Comienzo por lo más moderno que son algunos versos que al principio me disonaban o no me parecían contruídos regularmente. Hablando con el autor me enteré de que hoy estilaban (imitando a los clásicos de la antigüedad), versos de unidades rítmicas no idénticas. Por ejemplo, desde el eneasílabo hasta el tridecasílabo, haciendo de ellos un endecasílabo sincopado o ampliado. Pase. Pero si los acentos no están convenientemente distribuidos, de manera que hagan la impresión de que son endecasílabos, no basta que tengan de nueve a trece sílabas contadas. Y a veces, bastante raras, hallo versos de éstos, que si no me suenan a la primera y segunda, y a la tercera no va la vencida, desisto de repetirlos hasta que me suenen, no sea que me pase lo que al que acompaña mucho a un cojo, que al fin termina cojeando.

Los metros que más emplea el P. Martínez son el endecasílabo, el alejandrino y el octosílabo. Me agrada mucho su verso libre o sin rima. Una observación me permite hacerle acerca del alejandrino, y es, que lo al-

terna con el endecasílabo, y no acaba de sonarme porque hay cambio de ritmo. Ante todo, el endecasílabo no tiene cesura o corte de palabra como el alejandrino. En este caso, divido el alejandrino en dos hemistiquios, y varía. ¿Cómo? Siete más siete no suman catorce? Sí; las unidades positivas del verso, las sílabas, son las mismas; pero las negativas o cesuras no; porque separando los hemistiquios, la cesura que iba en medio se prolonga y, así el heptasílabo se hermana bien con el hendecasílabo que no tiene acento obligado sino en la sexta sílaba. Un oído delicado notará la diferencia.

También evita el Padre el anapesto (contrario al esdrújulo) de que se dice haber abusado mucho los modernistas. El sonar mucho no es sonar bien. Los acentos quedan demasiado cerca, y el verso tiende al tono recto, impidiendo el desarrollo de la curva melódica. Lo mismo pasaba en el verso clásico si había excesivo número de cesuras:

"Sole cadente iuvenus aratra reliquit in agro".

Se parece mucho a

"Oui, je viens dans son temple adorer l'éternel",

si se recalca mucho;

**"A las armas valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor"...**

porrazo a cada tercera sílaba;

**"Cerraron sus ojos que aún tenía abiertos...
Dios mío, qué solos se quedan los muertos!**

Hacen falta oídos fabricados a prueba de yunque y martillo para poder soportarlos en una composición extensa, si bien en una que otra estrofa, para producir cierto efecto, se pudieran admitir.

Y qué decir de aquellos versos en que los acentos están demasiado distanciados? Cinco o más sílabas átonas seguidas no dan al verso bastante **pondus** o peso fonético. Y no vale la autoridad de los clásicos, incluso la de San Juan de la Cruz. Un verso de éste, que recuerdo desde el punto de vista puramente fonético, no sólo es mal verso, sino prosa y muy mala:

"Sino la que en el corazón ardía".

Sin acento hasta su octava sílaba.

En resumen, el Padre evita el fatigante tamborreo de los modernistas y el arrastrar harapiento de ciertos versos modernos que he leído en la página literaria de cierto periódico. El real endecasílabo y el señorial (a veces familiar) octosílabo, quedan como los versos más bellos en romance por su mejor dosificación de los acentos. Alguna que otra vez he leído y oído por radio algunos lindos romances octosílabos. Parece que los moder-

*

nos se ponen más formalitos y juiciositos cuando versifican en este metro. El alejandrino no resulta tan torpe como dijo Menéndez y Pelayo, si le comparamos con otros que se han construido en español. Lo que hay que evitar, y el buen lector lo hace, es quitar hierro a los acentos en vez de hacerlos campear, como hacía aquel amigo mío periodista: **lararán, lararán, lararán, lararán**. Se encariñó con la cojera modernista.

Pero hablemos ya de lo interno de la poesía del P. Angel Martínez. Me refiero a la obra en conjunto que ha ido poniendo en mis manos: diez cuadernos, si bien concretaré mi análisis a lo que lleva publicado de su grandioso plan.

En sus "Puntos de vista, notas en prosa, advierte entre otras cosas lo siguiente: "Yo he tenido siempre la suficiente humildad para no impedir que vean aun mis embriones". Eso le ha perjudicado bastante ante el público general con la publicación de "El Río". Mejor hubiera sido, aunque no encajen en su plan total, o no lo revelen tan a las claras, dar a luz una selección de poesías de circunstancias, si así se pueden llamar, aunque en ellas aparece siempre el hombre de poderosa vida interior que adapta las circunstancias a su estado habitual.

El marco extenso en que encuadra sus grandes ideas lo forma la sucesión de su vida, que es poesía: I. Por el mar se va al río. II. El río. III. Después de este río. Ultramar: (Angel en el País del Aguila; Ultracielo).

Se llama Angel, es decir, anunciador —que es su nombre de pila—, y anuncia una palabra, la Palabra por excelencia que contiene todas las posibles, desde el Alfa hasta la Omega. Palabra eterna de la cual sale él —Angel con alas de tierra— y sale en el tiempo, para volver a Ella en la eternidad. Un Angel motor informa a esa Aguila de alas de tierra y le eleva para que siempre vuele en la Palabra.

Como esa Palabra es eterna, el poeta nos está anunciando continuamente lo eterno. Al leerle me ha venido a la memoria aquel sublime pensamiento de Tertuliano: "Júntate a la eternidad de Dios, y con El, sé eterno". De la palabra hecha sonido nos lleva al silencio de la palabra. Ni he podido evitar el recuerdo de esa Palabra "que sale en silencio" de San Ignacio de Antioquía, y su célebre "escuchar el silencio de Cristo", como ni tampoco el aviso aquel de San Juan de la Cruz: "Una palabra habló el Padre eterno, que fué su Hijo. En silencio la habla, y en silencio ha de ser oída del alma".

Cuando acabé de leer su primer cuaderno, le puse esta nota final: "Este libro es un comentario del "Panta rhei". Pero como en el segundo cuaderno hallé esa sentencia griega encabezando una poesía, sustituí mi observación por esta otra: "Este libro es un *Itinerarium mentis ad Deum*. Y todavía, después de haber leído los restantes ocho cuadernos, que tuvo a bien confiarme, concreté más esa impresión general de esta manera: "Esta obra poética es el comentario más vivido que cabe del Evangelio". Como el poeta es Angel o anunciador, también es, sin salir de la misma raíz de su nombre, ev-angel-izador.

Su plan es naturalísimo y grandioso. En su desarrollo bien perfilado, pero no todavía terminado, —interminable por naturaleza— está internamente animado por un soplo de vida espiritual que lo arrolla todo en una unidad ascensional admirable. Hasta en las partes más intelectuales, incluso los más agudos retruécanos hay un calor latente que procede de esa unidad interna. No es tan difícil armar un plan con unidad externa de sus partes. Lo difícil es dar al conjunto ese soplo de vida que no cese de crear la obra en todo el decurso de ella. A eso llamo unidad interna. Parodiando una frase de San Pablo, cuando habla de las virtudes, diré que “la unidad es el nudo de perfección de la obra artística”. Si no hay esa unidad interna, no hay arte de gran categoría. No hay sino elementos desperdigados para una obra de arte. A falta de esa unidad interna estamos condenados a ver, sobre todo en nuestros días, tanto esperpento artístico. En la decadencia universal de las artes, no creo que esté libre de ella la poesía. El P. Angel llegó a confesarme que actualmente hay una tendencia a lo que en aquellos tiempos retrógrados llamábamos composición. Buena falta hace!

Su poesía me recuerda la de los próceres de la Historia de la Literatura. Tiene, en ocasiones, la suavidad celestial del Dante (v. Cándida Rosa), el fervor de Píndaro (v. Primera Misa del P. Pallais Godoy), la profundidad de Quevedo, al cual le recuerda muchas veces, y la riqueza de Lope en sus paisajes. Pues no digo nada! Para ser leal tengo también que afirmar, que no le falta algo de Góngora, de Góngora el que nos decían de su mala época. Se me dice que hoy intentan rehabilitarle los modernos. A Góngora el bueno no le hace ninguna falta rehabilitarse, porque gracias a esa poesía seguirá quedando en primera fila entre los poetas españoles de todos los tiempos. Esos intentos de rehabilitación suelen parar en recaídas generalmente. Bastante discutido fué en su tiempo, y por personas bien sensatas. Ni se trata de un desconocido a quien desde un principio no se tomó en cuenta suficientemente. Sería una lástima que en la refundición de sus diez cuadernos no hiciese desaparecer esos toques que sigo creyendo de mal gusto, porque nos pudiera presentar el mejor libro de poesías que conozco escrito en lengua española.

